

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad. Las palabras de los sabios son como punzas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

(ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está todo en la continua difusión de los libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase de atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condición de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente... los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

ROMA - LIBRERIA SALESIANA - TURIN.

Sarriá (Barcelona) - Utrera (Sevilla) - Nitheroy (Brasil) - Buenos-Aires - Montevideo - Concepcion - Quito

D. BOSCO Y SU OBRA

por el

OBISPO DE MILO

con el retrato

DEL INSIGNE FUNDADOR

Un tomo en-16º, 4 reales en rústica, y 6 en pasta

SCRIPTURA SACRA.

BIBLIA SACRA Vulgatae editionis, Sixti V. Pontificis Maximi jussu recognita et Clementis VIII auctoritate edita. Editio emendatissima, S. Indicis Congregationis Decreto probata. Un tomo en-8º de 848 pág. Pesetas 8 50

◀ Index. Praefatio ad lectorem — Clemens Papa VIII ad perpetuam rei memoriam — De Canonicis scripturis Decretum ex Concilio Tridentino, sectione quarta — Hieronymi Prologus Galeatus — Genesis — Exodus — Leviticus — Numeri — Deuteronomium — Iosue — Liber iudicum — Ruth — Regum primus, secundus, tertius et quartus — Paralipomenon primus et secundus — Esdrae primus et secundus — Tobias — Judith — Esther — Job — Liber Psalmorum — Proverbia Salomonis — Ecclesiastes — Cantica canticorum — Liber Sapientiae — Ecclesiasticus — Isaias — Jeremias — Baruch — Ezechiel — Daniel — Osee — Joel — Amos — Abdias — Jonas — Michaea — Nahum — Habacuc — Sophonias — Aggaeus — Zacharias — Malachias — Machabaeorum primus et secundus — Evangelium secundum Mattheum, Marcum, Lucam et Joannem — Acta Apostolorum — Pauli Epistola ad Romanos, ad Corinthios prima et secunda, ad Galatas, ad Ephesios, ad Philippenses, ad Thessalonicos prima et secunda, ad Timotheum prima et secunda, ad Titum, ad Philemonem et ad Hebraeos — Jacobi Epistola — Petri Epistola prima et secunda — Joannis epistola prima, secunda et tertia — Judae Epistola — Apocalypsis — Oratio Manassis — Esdrae liber tertius et quartus — Index testimoniorum a Christo et Apostolis in novo Testamento citatorum ex veteri quae huc in id congesta sunt — Hebraeorum, Chaldaeorum, Graecorumque nominum interpretatio — Chronologia Novi Testamenti — Index biblicus, qui res eas, de quibus in sacris bibliis agitur, ad certa capita, alphabeti ordine digesta, vocatas, summa brevitate complectitur. ▶

COMPENDIUM BIBLICUM, seu brevis expositio historiarum praeceptorum prophetiarum, admonitionum quae in Divino Volumine continentur : en-64º » 0 80

SYNOPSIS DIVINI VOLUMINIS exegetico-scientifica ab Alphonso Maria Barretta ex-cathedralis Ecclesiae Frequentinensis Canonico Theologo exposita et in duos libros distributa. Dos volumenes en-8º de 1486 pág. » 19 00

IN UNIVERSAM S. SCRIPTURAM R. P. Jacobi Tirini S. I. commentarius cui praeter SS. Bibliorum textum ad exemplar vaticanum exactum, accedunt prolegomena Levini Lemnii et Franc. Rueti et notationes quamplurimae P. Zachariae et P. Iosephi Brunengo ; 5 vol. en-8º . . . » 60 00

NOVUM TESTAMENTUM vulgatae editionis Sixti V. et Clementis VIII. Pont. Max. jussu recognitum atque editum. Un tomo en-16º de 620 páginas » 3 25

SUPPETIAE EVANGELII praeconibus qui Madurenses missionem excolunt peramanter oblatae ab eorum sodali T. A. Gallo S. I. Cuatro vol. en-16º de 1420 pág. » 17 00

CONCIONES IN EVANGELIA et Festa totius anni, quibus accedunt Conciones funebres et nuptiales ; R. P. Matthiae Fabri 10 vol. en-8º » 90 00

VITA ET DOCTRINA D. N. Jesu Christi ex quatuor Evangelistis collecta a Nicolao Avancino. Tertia editio 1º vol. in-32º » 1 80

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TOM. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DOMINGO)

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(EL DOCT. S. FRANC. DE SALES)



Cualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las inidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

Sumario: ¿Por qué se festejó al Papa? — Noticias de la entermedad de D. Basco — Exploración de la Tierra del Fuego — Gracia de María Auxiliadora — La fuerza de la unión — Historia del Oratorio de S. Francisco de Sales. — Una gran potencia y la obligación de emplearla bien — Un hermoso ejemplo — Lista de los Cooperadores fallecidos en el año 1887.

¿POR QUÉ SE FESTEJÓ AL PAPA?

Cuando entre la oración y las lágrimas moría Pío IX, sus adversarios pregonaban á voz en grito que con Él bajaba también á la tumba el Papado. Cuando después fué elegido Pontífice Leon XIII, y sin ser propietario de un solo palmo de terreno, compareció á la escena de la Historia, veía contrarios al Papado á todos los Gobiernos de Europa. Han pasado apenas diez años y la escena aparece enteramente trasformada. El orbe entero está hoy presente en Roma y las naciones todas, en la variedad de sus idiomas, pero con un solo corazón, aclaman Padre y Pastor universal al Pontífice y le renuevan con la riqueza de sus dones y la elocuencia de sus protestas, sus sentimientos de gozo, respeto y veneración. Y todo esto ¿por qué? ¿Por qué la barca de Pedro, combatida del más fuerte oleaje y, al decir de sus adversarios, tan próxima á hundirse en los senos del mar albor-

tado parece encontrar hoy mejores aguas? ¿Por qué con el Jubileo Sacerdotal de Leon XIII el entusiasmo y la generosidad tomaron proporciones cuales jamás se habian visto? ¿De dónde proviene que los mismos incrédulos á la vista de tamañas fiestas, de un concurso tan variado, tan conforme, tan universal, se ven obligados á decir que Dios ha obrado milagros portentosos en la Persona de su Pontífice? Porque Él es el Vicario de Jesucristo; porque Él es el sucesor de aquel pobre pescador de Galilea á quien el Señor constituyó piedra angular de su Iglesia, y á quien hizo entrega de las llaves del reino de los cielos. Porque le revistió de toda su autoridad, prometiendo ratificar allá en la gloria todo lo que acá en la tierra decidiere; porque Él es, en fin, aquel á quien por todos los siglos fué prometida la asistencia del divino Espíritu. Jesús, con sus magníficas promesas, fué la razon última de todos los homenajes que prepararon á su Vicario en Roma.

Y así como los ríos salen del océano para volver á él, así de Jesús es de quien salen y á Él á quien vuelven esas grandiosas demostraciones de amor, esas preciosidades ofrecidas, los regios homenajes de los potentes y las mil y mil pacíficas embajadas de todos los pueblos de la tierra. Roma acaba de dar el testimonio más cabal de ser la verdadera capital del mundo en-

tero, por dar morada al Jefe espiritual de las naciones. A ella, como un día á Jerusalen el profeta Jeremías, conviene repetir: levántate y circunda tus sienes de aureolas de gozo, regocíjate porque llegaron los días de tu gloria. Reyes y pueblos acuden á tí de todas partes y cada uno de ellos te llevan el tributo de su obsequio, á la manera que cada campo ofrece al labrador el tributo de su fecundidad.

Sí, nosotros venerando al Papa adoramos á Jesús; felicitando á la Cabeza visible de la Iglesia en este quincuagésimo año de su ordenacion sacerdotal, damos tambien gracias á la Cabeza invisible de la Iglesia, Jesucristo, que quiso concederle tal plenitud de edad acompañada de tan viril fortaleza. Es Jesús quien le hizo su Vicario, Jesús quien le concedió la gracia de llevar tan vigorosamente y en tiempos tan difíciles y calamitosos el peso de la carga más importante que pueda haber sobre la tierra; es Jesús quien bendijo y dió vida y prosperidad á sus generosas solicitudes y á las árdas empresas de su Pontificado. Pero, como S. Pablo, puede Leon XIII decir que si El es lo que es por la gracia de Dios, esta gracia no estuvo estéril é infecunda en sus manos; porque si Dios la hizo crecer, El sin embargo la ha plantado y regado valerosamente. Sucesor de Pio IX, cuyo largo y celoso Pontificado habia renovado la vida de la Iglesia y suscitado por doquiera el ardor de las santas luchas y de la noble existencia, Leon XIII se ha mostrado dignísimo de recoger la herencia. Su celo y su actividad, su gusto y su ingenio, su carácter y sus tradiciones adquiridas en la diplomacia, han sabido siempre en el mismo intento, abrirse nuevos caminos. La historia dirá quizá un día que su reinado fué la paz después de la guerra, la paz fecunda y gloriosa después de la guerra necesaria.

Es empero muy cierto que todas las aclamaciones, salidas de los diversos puntos de la tierra forman hoy como un arco de triunfo que cubre todo el Vaticano y esparce los esplendores de su gloria y pone espontáneamente en los labios: Viva Leon XIII.

Y esos dones, que todos los pueblos mandaron al Padre Santo, al propio tiempo que en el Vaticano serán testimonio de todo lo que se hizo para honrar y consolar al Vicario de Jesucristo, enjugarán tambien no pocas lágrimas de nuestros hermanos, que nunca recurren en vano al más benéfico de los Padres. Díjolo ya una vez un devoto

de la Santa Sede: que quien da al Papa, presta á Dios. Dichosos los que en esta ocasion mandaron su óbolo al Pontífice, por que además de haber intentado consolar su corazon, además de haber imitado á los Reyes Magos que llevaron oro al Dios-Niño, han suministrado tambien un medio al Papa de ser siempre el Padre universal de todos los infelices.

Nosotros, pues, llenos de santo regocijo, mientras tomamos parte nuevamente al entusiasmo y regocijo del Pontífice, aclamado por millones y millones de hijos, y con reverencia y afecto le deseamos una continua y riquísima mies de palmas y triunfos, rogamos tambien con El para que el Señor Le conceda la gracia de reconciliar con Dios á todos los corazones, y que ninguno deje de participar de la gran fiesta de las naciones. ¡Tambien los homenajes mandados por las Dietas, los Soberanos, Obispos y católicos de toda la cristiandad, no son otra cosa más que la expresion de las grandes ideas caritativas de Leon XIII, que desea acelerar el dia en que uno sea el Pastor y una tambien la Grey!

¡Viva Leon XIII! Las naciones católicas Le aclaman como á uno de los más grandes y sabios Pontífices que hayan ocupado la Cátedra de Pedro. Las naciones que están desgraciadamente fuera de la Iglesia únense tambien para aplaudirlo, reconociendo en El al más grande y docto personaje del siglo XIX. Es el mundo entero que se postra á los pies del Romano Pontífice. Así expresábase Mons. Juan Cagliero, en la iglesia de Maria Auxiliadora, el faustísimo dia del Jubileo Sacerdotal de S. S. Leon XIII. ¡Viva el Vicario de Jesucristo!

NOTICIAS DE DON BOSCO.

Sabemos que los Cooperadores y Cooperadoras tomaron vivísima parte en el dolor que oprimia nuestro corazon en los últimos dias del mes de diciembre, cuando la enfermedad de nuestro amadísimo D. Bosco empeoró tanto, que nos hizo temer muchísimo por su preciosa vida. Oraciones privadas y públicas, triduos, novenas, obras de caridad, penitencias y hasta la ofrenda de la propia vida, fueron presentadas ante el trono de Dios por miles de personas de todas partes, edades y condiciones, á fin de que la Divina Bondad nos dejase aún en la tierra á nuestro bueno y amado Padre. Por uno de nuestros sacerdotes recibió tambien D. Bosco la bendicion de Maria Auxiliadora que El solia dar á quien, desde cerca y

lejos, la imploraba por medio suyo. ¡Demos gracias á Dios que tan benignamente dignóse escucharnos! ¡Démolas también á la Sma. Virgen que se mostró con nosotros Madre amorosísima! Una vez más fué probado patentemente que la oracion, hecha con fe y perseverancia, apoyada en los méritos de Ntro. Señor Jesucristo y en la intercesion de su Divina Madre, es omnipotente.

Desde el 30 de diciembre, D. Bosco comenzó á sentirse mejor, y al principio del p. pdo. enero vimos alejarse de su venerable rostro el peligro de muerte que nos habia hecho llorar y pasar momentos amargos. En los dias subsiguientes el mejoramiento fué haciéndose sensible y concluyó por dejarnos casi la certeza de un estado de salud, sinó perfecto, á lo menos suficiente para que pueda ser todavía nuestro consuelo, consejero y guia.

Presentemente D. Bosco guarda aún cama; y podría muy bien darse que desde ahora en adelante tuviese que pasar la vida retirado en su cuarto. Parece que él mismo se lo espera, por un tiempo más ó menos largo, porque, dias pasados, oyendo hablar de deudas bastante considerables, dijo las siguientes palabras: *Mucho siento que desde hoy en adelante no podré ayudaros como lo hacia una vez, yendo en persona á buscar la caridad; he gastado todo lo que tenia antes de la enfermedad y ahora me hallo aún sin medios, mientras nuestros niños continúan pidiendo pan. ¿Y cómo haremos? Es preciso publicar que quien quiera dar limosna á D. Bosco y á sus huérfanos lo haga sin reparo, porque yo no podré ya ir ni venir de una parte á otra.*

Pero si bien D. Bosco no podrá salir ya de su cuarto, estamos sin embargo y estaremos siempre muy agradecidos al Señor por la señaladísima gracia que nos hace conservándolo en nuestra compania.

Nosotros estamos seguros que los Cooperadores todos, por su parte, seguirán siendo caritativos con nosotros, ó mejor dicho, lo serán aún más, sabiendo que, desde ahora en adelante, beneficiarán con sus limosnas á los hijos y al propio tiempo consolarán al Padre.

EXPLORACION DE LA TIERRA DEL FUEGO.

(Continuacion).

6°. Un temporal. — El cabo Peñas.

— Los bosques.

A las 11 de la mañana del dia 8, cuando ya nos preparábamos á montar á caballo, se desprendió un huracán tan violento y acompañado de tan fuerte granizada, que con dificultad podiamos refrenar las mulas, en extremo espantadas. Apenas cesó dicho temporal proseguimos nuestro camino; y á fin de evitar el paso de las lagunas que suponiamos encontrar en la cercana llanura nos fuimos nuevamente hácia la más elevada que habiamos recorrido ya unos dias antes, con di-

reccion al Este, teniendo á la derecha una serie de pequeñas colinas, cuyas cimas estaban cubiertas de manchas oscuras que miradas á lo lejos, nos parecian florestas. Más adelante encontramos un rio, confluyente del que habiamos visto el dia anterior, y lo pasamos sin inconveniente alguno, pues tenia poca agua y el fondo duro y resistente. Hallamos en el campo algunos guanacos que cuando nos vieron se echaron á correr desesperadamente.

De allí á poco nos encontramos con una llanura que tuvimos que pasar á pie con no poco trabajo. Después de un momento de descanso apresuramos el paso hácia la orilla del mar. Nos acampamos más tarde en otra llanura situada al Este, y cuyo aspecto era el de una desmesurada alfombra de herbajes y flores. Desde el punto culminante de dicha llanura divisábase al Norte el Cabo Sunday, y, un poco más cerca, el valle y desemboque del rio en el mar. Al este el mar que bañaba la costa, al Sur el Cabo Peñas y al occidente de éste, un lago que se asemeja mucho á una bahia.

Al dia siguiente el doctor sacó la fotografia de dos magnificas vistas; la del desemboque del rio, y más á lo lejos, la del Cabo Sunday, como tambien la del Cabo Peñas con su hermoso lago al Sur. Cuando nos pusimos de nuevo en marcha lo hicimos con direccion al Este, costeano las faldas de un montecito, y á la distancia de unas tres millas nos dirigimos hácia el occidente para no tropezar más tarde con las lagunas formadas por el referido lago. Sorprendiáonos á las nueve un ligero aguacero: cuando cesó, y después de algun tiempo de marcha, divisamos delante de nosotros como unas veinte plantas bajas que nos servian para repararnos de la lluvia.

Llegados allí comprendimos que aquel era un lugar frecuentado por los Indios. Nos detuvimos para descansar un poco mientras se preparaba lo necesario á fin de sacar la fotografia del primer bosque que hasta entonces habiamos encontrado. Hecho esto, continuamos hácia el occidente y atravesando los campos cubiertos de abundantísima yerba, llegamos por fin á las 11, á la sombra de otro frondoso bosque.

7°. Una hermosa region: los Indios circundados por la tropa.

Levantadas allí nuestras tiendas mandamos varios soldados en exploracion, temiendo siempre alguna sorpresa por parte de los Indios. Dichos soldados no vieron otra cosa que campos fertilísimos, bosques muy frondosos, abundantísima agua por todas partes y muy hermosas colinas.

Pasamos la noche sin novedad, y al dia siguiente proseguimos hácia el mar, caminando con preferencia por las partes más elevadas, siempre con el fin de evitar las frecuentes lagunas. Nos internábamos por los espacios que el bosque dejaba libres y á eso de las 11, cerca del mar, sentimos algunos gritos provenientes del interior del bosque y que parecian ser de al-

gun niño. Nos acercamos y vimos un grupo de Indios compuesto de seis hombres, seis mujeres, y varios niños y niñas, de los cuales unos estaban comiendo carne de guanaco, y otros entreteníanse en la playa recogiendo ostras y otros moluscos.

Como nuestro Jefe deseaba apoderarse de algunos Indios para que nos sirviesen de guía y nos ayudasen á llevar las cosas quiso hacerlos prisioneros.

Mandó, pues, á los soldados rodear el lugar donde se hallaban colocados los toldos; puso centinelas para prevenir sorpresas por la parte más peligrosa y envió á seis soldados para que se apoderasen de los Indios que estaban pescando en la playa. Dos de ellos cuando vieron acercarse á los soldados se escaparon escondiéndose en parte más espesa del bosque. Las mujeres, que estaban á la orilla recogiendo moluscos, echáronse al agua, pero bien pronto el fuerte oleaje las obligó á volver á la orilla, donde los soldados hicieron prisioneros á dos juntamente con siete niños.

8°. Residuos de una nave naufragada. — Descúbranse nuevas tribus de salvajes. — Temor de los Indios.

El día 11 continuamos el viaje por la pendiente del mismo montecito hasta la orilla de otro río, el cual tiene unos ocho metros de anchura por uno de profundidad y cuya corriente es muy lenta. Observamos allí lo que en los grandes temporales, es decir, las mareas. Durante la bajamar dejan tanta inmundicia en las orillas que atascan la desembocadura del río, de suerte que las aguas no conteniéndose en el álveo derrámanse por los campos, inundándolo todo. Al llegar al mar vimos algunos restos de ballena y fragmentos de una nave naufragada. Vadeado el nuevo río subimos á una colinita donde encontramos algunos frutos, muy semejantes á nuestra uva *ribes*. Mientras estábamos recogiéndonos vimos salir del bosque vecino cierto humo y al mismo tiempo oímos ladridos de algunos perros que parecía se hallasen á la distancia de un kilómetro. Eran quizá unos doce hombres con sus familias que esperaban la bajamar para ir á recoger los moluscos que las olas suelen dejar en las playas.

A las 5 1/2, al pasar una pequeña colina, vimos otra vez como á unos cincuenta indígenas, entre hombres, mujeres y niños, los cuales al oírnos abandonaron sus cabañas, y se fueron á la cumbre de una montaña desde donde habrían podido defenderse ó huir en cualquiera dirección.

Era éste nuestro quinto encuentro con los naturales de la isla, los cuales, lejos de molestarnos, huían atemorizados por nuestra presencia.

El día siguiente, á las 8 de la mañana, proseguimos nuestra marcha por los bosques obligados á ir á pie y llevar las mulas por las riendas.

A las 9 1/2 nos paramos y mandamos adelante algunos soldados para que nos franqueasen el paso si fuera necesario.

9°. El Cabo Sta. Inés. — La expedición en medio de los bosques. — Caza de un Guanaco.

Proseguimos la marcha á las tres de la tarde llegando en poco tiempo al Cabo Santa Inés, el más alto de toda la costa. Lo subimos á caballo, siguiendo un sendero estrecho y al llegar á la cumbre encontramos el paso cerrado por espesimos árboles. Habiendo visto algunos pasajes hacía el occidente, volvimos atrás y nos dirigimos hacía dicha parte. A las 10 del día 13 nos pusimos nuevamente en viaje, pero bien pronto tropezamos con los mismos impedimentos del día anterior. Eran florestas absolutamente impracticables. Tan solo costeándolas y buscando los sitios más fáciles pudimos seguir adelante andando así más de cinco millas. A las 2 de la tarde viendo la imposibilidad de proseguir, colocamos las tiendas en medio de un hermoso valle situado al centro de otros cuatro más pequeños. Antes de acostarnos, inspeccionando las mulas, vimos que nos faltaban dos de las que estaban sin carga, pero como era ya muy de noche resolvimos buscarlas al día siguiente por la mañana.

El 14 fué día de descanso, de caza, de alegría para todo el campamento. El doctor Segers y el capitán Marzano se ocuparon en sacar la fotografía de dos panoramas del bosque. A eso de las dos de la tarde, dos guanacos se aproximaron á las mulas que estaban pastándose, lo cual fué causa de entretenimiento para los soldados que, cogiendo cada uno su carabina tomaron mejor posición para cazarlos. Cuando los dos animales vieron el peligro en que se hallaban, diéronse á la fuga, pero no pudieron librarse de las balas dirigidas con admirable puntería por el soldado Curvetto. Al verlos caer, todos soltaron las armas y corrieron hacía ellos; pero cuando ya estaban muy cerca, uno de los referidos guanacos se levantó de repente y con precipitada fuga obtuvo salvarse en el bosque. Mientras algunos soldados se quedaron desollando el guanaco muerto, otros, cogiendo nuevamente la carabina, corrieron en persecución del resuscitado fugitivo, el cual si bien gravemente herido, como se veía por la poza de sangre que dejó al lado de una planta, pudo salvarse escondiéndose en el sitio más espeso de la floresta. Desollada la res y mientras se cortaba á pedazos, sacóse la fotografía de todos los soldados, los Indios y tiendas. El guanaco muerto era muy gordo, y su piel tenía las señales de siete heridas de flecha, recibidas en otro tiempo, y de las cuales había podido sanar. Por aquí puede fácilmente colegirse cuánta dificultad deben encontrar los pobres Indios en cazarlos, pues no tienen más arma que la flecha.

10° Huida de cuatro prisioneros — Aparición de un hombre á caballo — La expedición Poper.

El día 15 salimos un poco más tarde para esperar la vuelta de los soldados, que habían ido á abrirnos un pasaje en el bosque. Recorrimos sucesivamente dos honduras y al medio día subimos á una altura de unos 200 pies que se erguía en forma aguda y bañábase un río muy pequeño. Mientras estábamos buscando un vado el Sr. doctor Segers sacó el panorama del valle del Sur y de las nevadas montañas que aparecen al occidente. A las 5 1/2 nos dirigimos hácia el Cabo S. Pablo y, dejándolo después á occidente, nos paramos en un sitio de la parte del Sur para esperar á los animales cargados, cuya marcha habiase retardado un poco á causa de las lagunas que tuvieron que pasar. En aquella parada divisamos á lo lejos á algunos Indios escondidos bajo las plantas, quienes, al sentirnos pasar, se habían echado á correr, metiéndose en sitio desde donde podían defenderse en caso de necesidad. Por el número de las cabañas abandonadas pudimos colegir que serían unos cincuenta, entre hombres, mujeres y niños. Proseguimos después nuestro camino hácia la orilla del mar hasta llegar al encuentro de otro pequeño torrente, donde descansamos un poco.

A las 12 del día siguiente, cuando ya nos preparábamos para montar á caballo, nos hicimos de cargo que faltaban cuatro de los Indios que venían con nosotros. Hechas las oportunas diligencias supimos que una de las mujeres se había escapado llevándose consigo á sus 3 hijos. El Jefe mandó dos soldados á buscarla, pero no la pudieron encontrar. Viendo que la marea subía y en la orilla había muchísimas piedras, nos subimos á la altura. En estas regiones los campos eran menos ricos, pero los bosques mucho más poblados.

A las 10 1/2 nos paramos para *déjeuner*: á las 12, mientras comenzábamos á caminar, vimos á un hombre montado á caballo que, costeando el mar, se dirigía al Norte. Se mandaron á 5 de nuestros soldados para que fuesen á verlo y le invitasen á venir adonde nosotros estábamos. Estos cumplieron con su encargo y de allí á poco volvieron con el Sr. D. Luis Wolff, alemán, establecido en Bahía Inútil, al Nord-Este de la Tierra del Fuego, donde se ocupaba buscando polvo de oro en la arena de las playas. Acompañábase dos criados, Enrique Jon Gilien y Cayetano Sanchez. Hablaron con el Jefe y decían que venían de la Bahía S. Policarpo, adonde habían ido desde Puntarenas en una goleta llamada el Rajo, con el fin de procurar viveres á la expedición Poper. Bien recibidos por los Indios de aquel lugar, se habían quedado con ellos veinte días, esperando siempre á dicha expedición. Viendo que no venía, se decidieron á salir al encuentro de ella, y, en caso de no encontrarla, habían determinado volverse por tierra á su residencia

en Bahía Inútil, dejando los viveres al cuidado de una tribu de Indios amigos. El Jefe narró también al Sr. Wolff nuestros diversos encuentros con los naturales quienes habrían podido asaltarlo si se hubiese atrevido á proseguir el viaje con un personal tan escaso como el que llevaba. Aconsejóle, pues, á volverse atrás prometiéndole que, apenas llegásemos á Bahía Tetis, le mandaría una barca que lo trasportara á Puntarenas. El Sr. Wolff aceptó el consejo y se quedó con nosotros.

11° Otros restos de naufragios — Desiertos, pantanos, torrentes y bosques.

Salidos de allí, entramos en una floresta que bien pronto nos cerró el paso. Nos volvimos atrás bajando aquella altura, que tanto nos había costado subir. Costeamos la orilla del mar hasta que llegamos á un riachuelo, en cuyas inmediaciones nos quedamos dormidos. Un poco antes habíamos encontrado algunos toldos abandonados. Como no había leña para encender el fuego, cogimos en la playa algunos palos, tabloncillos de barcos y troncos de árboles. El pasto escaseaba también mucho por los alrededores.

El 18 nos vimos obligados á descargar las mulas y llevar sobre las espaldas nuestras provisiones, porque las orillas del torrente estaban llenas de fango, y de este modo proseguimos por espacio de no poco tiempo. Pasamos también por algunos sitios tan cenagosos y resbaladizos que las mulas, si bien descargadas, podían con dificultad sostenerse en pie. A las tres de la tarde nos hallamos en el desembogue de otro torrencito formado por las aguas de otros dos más pequeños, de los cuales uno bajaba por el declive del Sur y otro por el del Norte. A la distancia de unos 600 metros pasamos el primero y más tarde también el segundo, pero mucho más de cerca. Al anochecer nos atendamos á los pies de una colina muy cerca de un golfo formado por un río que iba á esconder sus aguas en las espesísimas yerbas del suelo. Esperábamos que podríamos llegar á Bahía S. Policarpo antes de la noche del día 20, tanto más que nos estimulaba el deseo de conocer cómo se habían conducido los referidos *Indios amigos* con las vituallas que el Sr. Wolff les había confiado. Esta esperanza fué sin embargo frustrada á causa de las grandes dificultades que encontramos por el camino. A eso de las 10 tuvimos que atravesar otro pantano muy grande que nos condujo á una selva espesísima é intrincada. A fin de evitar incomodidades y pérdidas de tiempo en abrir un nuevo paso, nos volvimos atrás, hácia la orilla del mar, donde esperamos á que la marea bajase y nos permitiese proseguir por la costa.

Allí encontramos otros restos de naves naufragadas. A medida que descendíamos hácia el Sur, nuestro camino íbase haciendo más difícil. Los pantanos se sucedían unos á otros, y lo mismo los torrentes, á todo lo cual agregóse

tambien el mal tiempo que nos hizo perder algunos dias.

12° — La bahia S. Policarpo — Sentimiento de los Indios que creen muerto al Sr. Wolff — Recibimiento festivo á la expedicion.

Finalmente el 21 subimos á una colina que se levantaba casi perpendicularmente sobre el mar. Los criados del Sr. Wolff, que habian ido adelante para sorprender de este modo á los Indios y verificar si habian cumplido fielmente con su encargo, nos refrieron cómo al llegar á la bahia los Indios habian demostrado mucho regocijo, pero cuando después advirtieron que el señor Wolff no iba con ellos su alegría convirtiéndose en profundo dolor, que manifestaban tirándose por el suelo y gritando á mas no poder. Como aquellos dos criados no comprendian la lengua de los Indios no habian podido harcerles comprender que el Sr. Wolff llegaria al dia siguiente, por cuyo motivo continuaron en su adiccion y llanto hasta la mañana del siguiente dia. Cuando, por fin, nos vieron venir, se pusieron á saltar y gritar llenos de alegría y contento. Nos tocaban la mano, nos abrazaban y hacian otras muchas cosas para manifestarnos el regocijo que les causaba nuestra llegada. Uno de ellos que parecia el más distinguido y que respondia con más acierto á nuestras preguntas se llamaba *Waatiol*, y fué el que ayudó más que todos al Sr. Wolff á desembarcar los víveres. Le pusimos por nombre el Capitan del puerto, cuyo título le gustaba mucho, y se quedó después mucho más contento cuando el Jefe de la expedicion le regaló una corneta, la que tocaba con mucha aficcion y alegría. Después de la comida, tiramos un poco al blanco á fin de divertir á los Indios, los cuales acertaban siempre con sus flechas y recibian una galleta por premio. El blanco consistia en una tablilla cuadrada, colocada á la distancia de treinta metros. Entre los Indios y soldados reinaba la más grande alegría. Nosotros mismos no podiamos menos de tomar parte sinceramente en ella, puesto que al fin y al cabo debiamos considerarnos dichosos teniendo en nuestra compañía á personas prácticas de aquellos lugares.

Nos llamaba mucho la atencion un indigena que tenia toda la cara pintada y parecia estaba espiando todos nuestros movimientos. Por lo que pudimos comprender profesaba entre sus camaradas las carreras de médico y sacerdote. Llamábase *Suta*, y nos hizo pasar momentos muy buenos y sumamente entretenidos. Como el tiempo comenzaba á amenazar y á lo lejos oíase de cuando en cuando el ruido del trueno, el referido *Suta* comenzó á contristarse y de allí á poco se puso á arrojar saliba hácia el cielo enfuriándose sobremanera y haciendo por último pedazos su pobre piel de guanaco. Cierto que si sus exorcismos, acompañados de tan fantástica

pantomima, no fueron suficientes para que las nubes desapareciesen, lo fueron sin embargo para hacernos reir no poco y pasar un momento divertidos.

(Se continuará).

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA.

I.

En una ciudad del Piamonte, Italia, algunas almas verdaderamente amantes de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, empeñáronse con todas sus fuerzas en establecer un instituto de Hermanas religiosas, las cuales se ocupasen de la educacion moral y religiosa de las niñas, y particularmente de las más pobres y abandonadas. Seria difícil imaginar cuánto fué lo que trabajaron para poder salir con su intento, pues el demonio no dejó de suscitar contra tan piadoso proyecto infinidad de dificultades, no solamente por las personas enemigas si que tambien por parte de las de quienes se esperaba algun apoyo y auxilio. A pesar de todo, las referidas personas no se arredraron sabiendo que las obras de Dios están sujetas á muchas pruebas y, muchas veces, aun á pruebas terribles. Comenzaron, pues, por abrir un oratorio festivo, y acudieron con fervientes oraciones á la Santísima Virgen Auxiliadora.

¡Cosa maravillosa! Antes de un año sus deseos fueron cumplidos. ¡Ah! ¡qué es demasiado buena nuestra Madre Celeste para negar sus gracias espirituales y temporales á quien la implora con confianza!

II.

Hacia ya bastante tiempo que sentia una adiccion de espíritu tan grande que difícilmente podría describirse. Baste decirle que todo me daba náuseas, la comida, el recreo, la conversacion y, por añadidura, no eran pocas las noches que pasaba sin poder cerrar los ojos. Para nada tenia gusto y aun la misma oracion, que antes formaba todo mi consuelo, se me habia hecho pesante y de una pena gravísima. Tampoco tenia ganas de salir, y solo me habria gustado estar encerrada en un cuarto dando desahogo á las lágrimas.

En tan deplorable estado tuve la dicha de acordarme que en el cielo tenia una madre tan piadosa que no sabe hacerse indiferente á las angustias de sus devotos, y á Ella me recomendé con toda confianza. Dijela, pues, así: — ¡Oh Maria Santísima, auxilio poderoso de los cristianos y consuelo de los afligidos, socorredme en esta triste ocasion; yo, si me ayudáis, os ofreceré un dono, mientras que desde luego haré celebrar una Misa en el altar de la iglesia que os han dedicado, en Turin, con el título de Maria Auxiliadora.

Después me fui á Turin, hablé con el reverendísimo padre Sr. D. Bosco y le supliqué me bendijese en nombre de la Virgen.

¡Oh bondad infinita de Jesús y de María! Apenas he recibido la bendición de María Auxiliadora, me sentí sumamente aliviada al propio tiempo que llena de admiración y consuelo. Ahora estoy bastante bien, mis asuntos tomaron otro rumbo mejor, no me falta el apetito, duermo tranquilamente, estoy alegre y contenta, rezo con gusto; en fin, todo lo que antes aborrecía ahora me es grato y deseo. Sea siempre amada, alabada, venerada é implorada por todos María Santísima, auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos que á Ella recurren.

III.

Era el día 21 de agosto cuando oí decir á muchos de mis amigos que no solo en las aldeas cercanas, sino también en algunas viñas de nuestro distrito, se lamentaba el terrible azote de la pernospera. Dicha calamidad había recorrido colinas enteras con grave daño de los propietarios, pues privaba á las uvas de madurar por completo. Fui, pues, á visitar mi viña, y al ver que también comenzaba á ser víctima de tan terrible desgracia me desanimé muchísimo, pero enseguida levanté los ojos al cielo y exclamé: ¡Oh María Auxilio de los Cristianos, socorredme! Mi breve oración fué atendida y hoy no puedo menos de dar gracias con todo el corazón á tan misericordiosa Madre, ofreciéndole al propio tiempo mi pobre y humilde ofrenda.

IV.

El año pasado, por el mes de abril, cayó enferma de angina una niña de dos años, hija de una íntima amiga mía.

Después de haberla cuidado con extraordinaria diligencia, el mal se agravaba cada vez más y ya presentaba todos los síntomas de una próxima muerte. Sus padres, sumamente angustiados, se deshacían en lágrimas, esperando de un momento á otro el suceso de tan triste pérdida, puesto que el médico había perdido ya toda esperanza. Yo, en aquella noche tan dolorosa, quise velar á la niña, y cuando me parecía que iba á espirar me acordé de María Santísima Auxiliadora y la supliqué con todo mi corazón, prometiendo publicar en el *Boletín Salesiano* la gracia obtenida, si me concedía la salud de aquella buena niña.

¿Lo creería Vd.? Pues desde aquel momento la enferma comenzó á mejorar sensiblemente y después de algunos días corría por casa, quedando sin embargo por espacio de dos meses sin voz. Ahora está sana y alegre y la madre la vistió con el hábito de Sta. Rita, para cumplir con el voto hecho.

LA FUERZA DE LA UNION.

El mundo subsiste y consigue el fin para que fué creado mediante la union y concordia de sus partes. Así vemos al Firmamento que con su

mudo lenguaje canta todos los dias himnos de gloria á su Hacedor; pero y ¿por qué? porque lo astros que lo adornan muévense unidos en los inmensos espacios á manera de un ejército bien ordenado. ¿Acaso no se destruye en su órbita, y á causa de los terremotos se abre bajo nuestros pies la tierra? La razon es que cada átomo suyo, cada molécula, cada una, en fin, de sus partes está unida á otra de tal modo, que, todas juntas, forman un cuerpo sólido y compacto capaz de combatir con cualquier fuerza enemiga.

Presentadme una armada numerosa y guerrera como la de Jerjes, compuesta de dos ó más millones de hombres; pero si estos no están unidos en sus respectivas filas; si no combaten bajo la dirección de sus generales; si cada cual pelea por su cuenta y donde mejor le parece, no, no se espere que semejante ejército sea capaz de desbaratar al enemigo ni de conseguir la palma de la victoria.

Alejandro el Grande, rey de Macedonia, vence en batalla á innumerables ejércitos, y en doce años solamente conquista la Grecia, el Egipto, la Fenicia, Palestina, Siria, Asia Menor, Persia y muchas otras provincias y reinos, que difícilmente podrían enumerarse. La Sagrada Escritura hablando de la rapidez de sus marchas y de la prontitud de sus conquistas, lo compara á un cabrito en su veloz carrera en modo que parece no toca con los pies en tierra. Pero ¿de dónde provienen tan estupendas y prontas victorias? Pues nada más que de la discordia de sus enemigos y de la fuerte falange compuesta de los soldados más valientes, los cuales disciplinados por él, combatían tan unidos y compactos que rompían siempre, pero no se rompían nunca. Hé aquí el secreto de sus admirables triunfos.

También los rebeldes, los impíos mismos, con su conducta, nos dan una prueba segura de lo mucho que vale la union, sino de cuerpo, á lo menos de ánimo, de obra é intencion para salir victoriosos tanto en las pequeñas como grandes empresas. El mundo entero está cubierto como de una red de sociedades malélicas, de logias masónicas, Comunistas, Socialistas y otras sectas por el estilo, cuyo satánico fin es exclusivamente aniquilar, si les fuese posible, la Iglesia católica, derribar los tronos y exterminar á los ricos de la haz de la tierra. Ahora bien; todos estos con la voz y con los escritos van gritando: Marchemos de acuerdo, combatamos unidos y saldremos con nuestro intento. Y no pudiendo asegurar entre ellos esta concordia por medio del amor, lo hacen ó se obligan á hacerlo por medio de execrables juramentos. Saben, pues, y experimentan que la union hace la fuerza.

Aprendamos también nosotros á estar unidos; pero aprendamos tomando por modelo á nuestro divino Salvador; aprendamos de su Esposa, la Iglesia católica, nuestra madre y maestra. Quería Jesucristo destruir el imperio de la idolatría dominante sobre la tierra y establecer en su lugar el reino de la Cruz. ¿Qué hizo para llevarlo á cabo? Se eligió una compañía de soldados coadju-

tores y confíeles la colosal empresa. Pero á fin de que lo consigán ¿qué medio les recomienda como más bueno? No otro que la union, y lo que es más aún, á fin de que ésta exista entre ellos y sea duradera, establece un Cabeza suprema, á la cual dice: *Confirma fratres tuos*: Anima á tus hermanos. Dió á los Apóstoles una Cabeza, observa S. Jerónimo, para quitar toda ocasion de discordia entre ellos y poder así, unidos y compactos, convertir á todo el mundo: *Ut capite constituto, schismatis tolleretur occasio*. No basta: á fin de que conociesen más y más cuán poderoso auxilio les habria proporcionado la union para dilatar y establecer el reino de su amor sobre la tierra recomiéndales tambien dicha union en el momento más solemne. Por cuyo motivo en la última cena y poco antes de dar principio á su dolorosa pasion les dijo: « Estad unidos entre vosotros con los vínculos de la más dulce caridad; amados mutuamente, á fin de que el mundo conozca á mi Padre, crea en mi divina Mision, se convierta y viva. » Y no contento con esto, alzando los ojos al cielo, oró así á su divino Padre: « Padre Santo, guardad á estos mis queridos á fin de que se conserven tan unidos entre sí que formen una cosa sola; que su union sea tan perfecta que pueda representar la que existe entre Nosotros: *Pater Sancte, serva eos, ut sint unum, sicut et nos unum sumus*. Después de esto ¿podríamos desear pruebas más evidentes para persuadirnos de la fuerza de la union?

Llenos de furor y rabia los obstinados hebreos se desencadenaron desde un principio contra los piadosos secuaces del Nazareno para aterrorizarlos y dispersarlos. Pero, ¿lo consiguieron quizá? No por cierto; antes bien los aumentaron y fortificaron; ¿y por qué? El por qué nos los dicen los Actos Apostólicos: « Y todos los creyentes estaban de tal manera unidos que formaban una sola familia con un corazon solo y una sola alma: *Omnes qui credebant erant pariter*. » Con semejante union de sentimientos en la fe, con semejante union de corazon en la mútua caridad, con semejante union de reciproco auxilio en obrar el bien, los Cristianos de los primeros siglos resistieron al combate de las persecuciones más terribles y feroces. Lejos de ser destruidos y desbaratados, como esperaban obtenerlo á fuerza de hierro, fuego y fieras los Principes paganos, los Cristianos crecieron cada vez más en número y valor. Lejos de desaparecer de la tierra, ellos mismos vieron por el contrario precipitar, en medio de la desolacion, á la nacion judaica, su primera enemiga; después vieron hacerse trizas, bajo los golpes de los bárbaros, el trono de los Césares crueles y sanguinarios, y por último fueron testigos de la ruina del gran coloso del imperio romano, que con sus procónsules y magistrados los habian perseguido encarnizadamente por espacio de 300 años. ¿Qué más? sin armas materiales, con solo estar unidos entre ellos, es decir, unidos con los Sacerdotes, Obispos, Papas y maestros, nuestros padres concluyeron por ganar una victoria tan grande y gloriosa

que les hizo dueños del campo y de las tiendas enemigas. Desde el cuarto siglo la capital del imperio romano vino á ser la capital de los Cristianos; y desde aquellos palacios, donde un dia se promulgaban los edictos de muerte contra ellos, salen hoy dia, para difundirse por toda la tierra, los oráculos del Papa, su Padre y Maestro, oráculos de rectitud y justicia, oráculos de verdad y vida. Sí, estas son maravillas del Altísimo, pero maravillas obradas por El mediante la union de sus fieles siervos.

Demos un vuelco, y dejando á un lado los primeros siglos parémonos un instante en el nuestro, echando una rápida ojeada á los años presentes. ¿Quién no ve la guerra que en todas partes del viejo y nuevo mundo, en los reinos, en los imperios, en las mismas repúblicas, se hace hoy dia á la Iglesia de Jesucristo? ¿Cuándo se vió armarse contra Ella tantos enemigos y emplearse tantas armas para combatirla? Libros infames, cátedras de pestilencia, adulaciones, engaños, amenazas, confiscaciones, destierros, violencias, prisiones; todo, en fin, púsose en obra, de todo se abusó para daño de Ella. Esta guerra y prácticas secretas y artificiosas fueron en todas partes tan bien dipuestas, que varias veces sus enemigos creyeron podrian, dentro de poco tiempo, entonar el canto de la completa victoria; y algunos de los más altaneros ya andaban gritando que las puertas del infierno estaban para prevalecer contra la Iglesia católica y derribarla enteramente. Pero hé aqui que sus esperanzas se desvanecen; la voz de triunfo muere en sus labios, puesto que los más reflexivos de sus adversarios convéncense y confiesan hoy que la Iglesia católica, lejos de perder en esta guerra, jamás se demostró tan fuerte como hoy dia, ni jamás fué tan estimada y amada en el mundo. Ella es la victoriosa y lo será siempre. ¿Y de dónde proviene un efecto tan contrario á las humanas previsiones? ¿Cuál es la causa? La causa es la admirable concordia de sus Obispos entre sí, y de todos los fieles con el Papa. Estos Jefes de Israel en Europa, Africa, Asia, Oceania, América y en las islas más remotas del mundo, están entre sí unidos en el creer, enseñar y obrar lo mismo. Todos, y la historia contemporánea nos lo demuestra patentemente, todos, digo, á riesgo de los sacrificios más grandes, de multas y de perder la libertad como tambien la vida, no solamente admiten y predicán las mismas verdades de fe, sino que concordes profesan las mismas leyes, aprueban las mismas prácticas, condenan los mismos errores, combaten á los mismos enemigos. Además esta concordia de los primeros Pastores con el Papa produce la union de los Sacerdotes, y la de éstos aquella de los simples fieles, de suerte que por esta union permanece inmóvil é inconcuso el grande edificio de Jesucristo, subsiste su reino, extiende sus confines y se acrecienta cada dia más con nuevas tribus y pueblos.

Sí, repitámoslo bien alto: es grande, pero muy grande la fuerza de la union.

Cooperadores y Cooperadoras, miembros como

somos de una misma familia, promovamos esta union entre nosotros, á fin de que nuestra Pia Sociedad pueda resistir fuertemente todas las pruebas, superar á todos los obstáculos y conseguir el fin que se ha propuesto, esto es, de hacerse útil á la sociedad favoreciendo las buenas costumbres. El vínculo de nuestra concordia sea el amor. Amémonos como hermanas en Jesucristo, y á fin de obtenerlo más fácilmente, los Decuriones de cada pueblo cuiden de conocer sus propias decurias, y los cooperadores procuren tambien conocerse mutuamente. De este modo podrán ayudarse mejor en la práctica del bien y darse especiales pruebas de fraterna caridad. Amémonos con rogar unos por otros, aconsejarnos, defendernos, enérvorizarnos en el servicio de Dios y procurar la salvacion de las almas. Ojalá se pudiese repetir de nosotros lo que decíase ya de los primeros fieles: *¡ Ved cómo se aman!* No, no entren nunca en nuestras filas la envidia y los celos, dos disolventes de cualquier union, dos bajas pasiones que pusieron ya en cruz al Hijo de Dios y que frecuentemente aun hoy, bajo hipócrita capa, continúan crucificando y haciendo padecer á sus Discípulos. Si podemos hacer bien, hagámoslo de corazon; sinó, mostrémonos contentos de que se haga el bien á otros y ayudémosles á hacerlo, siquiera con las palabras, si no podemos de otro modo. Obrando así, haremos reinar entre nosotros la union y la paz; con ésta, nuestra Congregacion será cada vez más benéfica, porque Dios Ntro. Señor la fecundará con la lluvia de sus bendiciones y sostendrá con el brazo de su omnipotencia.

HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

(Continuacion).

CAPITULO IX.

Aficion y lágrimas. — Un rayo de luz. — D. Pedro Merlo. — El galpon de Valdocco. — Contrato — Conmocion y entusiasmo. — Accion de gracias. — Última despedida del prado.

En la devota peregrinacion á Ntra. Señora de *Campagna* habiamos colocado en las manos de María nuestra suerte; pero antes que terminase dicho dia, nuestras esperanzas y sobre todo nuestros corazones debian verse sometidos á una dura prueba.

Hacia las dos de la tarde, casi todos los niños del Oratorio se hallaban en el prado. Sabiendo que era la última vez que podiamos disfrutar de él, nos parecia experimentar un gusto particular en pisotearlo corriendo de arriba abajo. Estamos ciertos que aquella tarde hemos secado tantas raíces del pasto como para poner en peligro el lujoso patrimonio de los hermanos Defflipi.

A la hora designada hubo Catecismo, canto, sermon, todo como los Domingos anteriores. Después de esto volvimos á nuestras diversiones; pero un hecho extraordinario no tardó en llamar

nuestra atencion y en moderar en muchos de nosotros el deseo de divertirnos. Aquel que hasta entonces habia sido siempre el alma de nuestras recreaciones y que semejante á s. Felipe Neri se mostraba pequeño con los pequeños, cantando, jugando, corriendo con nosotros, nuestro querido Don Bosco estaba retirado, silencioso y melancólico. Era la primera vez que lo veiamos tan retirado. No veiamos en sus labios aquella dulce sonrisa que le era característica; su rostro denotaba algun profundo pesar; sus ojos estaban bañados en lágrimas. Caminaba y oraba. Algunos de nosotros notando tal estado, nos acercamos á él para acompañarlo; pero en vez, retiraos, nos dijo, dejadme solo.

¿Cuál era el motivo de su tristeza? El pobre D. Bosco en aquellos momentos estaba oprimido por el peso de un dolor que no es posible describir. Se hallaba como el agricultor que ve amenazados sus campos y sus más halagueñas esperanzas por el cielo cubierto de oscuras nubes, y por el granizo desolador; se hallaba como el pastor amoroso que se ve obligado á abandonar su querido rebaño, á dejar sus corderitos á la merced de lobos hambrientos; se hallaba como un padre, como una madre cariñosa que por fuerza debe separarse quizá para siempre de sus amados hijos. Revolvía en su imaginacion estos tristes pensamientos: — Mis ayudantes me han abandonado, dejándome completamente solo á cargo de estos cuatrocientos niños; no tengo ya más fuerzas; mi salud ya debilitada, y para colmo de todo esto, dentro de dos horas se vence el plazo concedido para reunirlos en este prado; es necesario hallar otro local en donde juntarlos; es preciso darles aviso para el próximo Domingo, y sin embargo no hay ni esperanzas de conseguir el local, á pesar de los empeños, y desde esta tarde se concluirá el Oratorio. ¡ Han sido, pues, inútiles tantos trabajos y sudores! ¡ Es ya una imperiosa necesidad el despedir á tantos niños que me aman, abandonarlos nuevamente, verlos de nuevo vagabundos por las calles y plazas, por los campos y prados; sumergidos en el vicio; transportados á prisiones, perdidos temporal y eternamente! no es por cierto esa la voluntad de Dios!... Ante estas reflexiones, fué tan intenso su dolor, que el pobre Don Bosco no pudiendo contenerse prorrumpió en suspiros y llantos.

Podría alguno preguntar: ¿y las esperanzas ante la seguridad que habia tenido sobre el feliz éxito de su Oratorio se desvanecieron en aquella ocasion?

Creemos nosotros que estando el Señor para conferir un favor extraordinario al Oratorio dándole una morada estable y segura, quiso que aquella tarde el fundador experimentase toda la amargura y peso del abandono, á fin de que fuese más apreciado el beneficio; pues es regla general de la Providencia Divina preceder con grandes sacrificios los más señalados favores. Pero en aquel estado de opresion, Don Bosco no perdió su confianza, y de él se puede repetir lo que del gran Patriarca Abraham escribió san Pablo: *Contra spem in spem credidit, ut fieret pater*

tores y confiélos la colosal empresa. Pero á fin de que lo consigan ¿qué medió les recomienda como más bueno? No otro que la union, y lo que es más aún, á fin de que ésta exista entre ellos y sea duradera, establece un Cabeza suprema, á la cual dice: *Confirma fratres tuos: Anima á tus hermanos. Dió á los Apóstoles una Cabeza, observa S. Jerónimo, para quitar toda ocasion de discordia entre ellos y poder así, unidos y compactos, convertir á todo el mundo: Ut capite constituto, schismatis tolleretur occasio.* No basta: á fin de que conociesen más y más cuán poderoso auxilio les habria proporcionado la union para dilatar y establecer el reino de su amor sobre la tierra recomiéndales tambien dicha union en el momento más solemne. Por cuyo motivo en la última cena y poco antes de dar principio á su dolorosa pasion les dijo: « Estad unidos entre vosotros con los vinculos de la más dulce caridad; amaos mutuamente, á fin de que el mundo conozca á mi Padre, crea en mi divina Mision, se convierta y viva. » Y no contento con esto, alzando los ojos al cielo, oró así á su divino Padre: « Padre Santo, guardad á estos mis queridos á fin de que se conserven tan unidos entre si que formen una cosa sola; que su union sea tan perfecta que pueda representar la que existe entre Nosotros: *Pater Sancte, serva eos, ut sint unum, sicut et nos unum sumus.* Después de esto ¿podriamos desear pruebas más evidentes para persuadirnos de la fuerza de la union?

Llenos de furor y rabia los obstinados hebreos se desencadenaron desde un principio contra los piadosos secuaces del Nazareno para aterrorizarlos y dispersarlos. Pero, ¿lo consiguieron quizá? No por cierto; antes bien los aumentaron y fortificaron; ¿y por qué? El por qué nos los dicen los Actos Apostólicos: « Y todos los creyentes estaban de tal manera unidos que formaban una sola familia con un corazon solo y una sola alma: *Omnes qui credebant erant pariter.* » Con semejante union de sentimientos en la fe, con semejante union de corazon en la mútua caridad, con semejante union de reciproco auxilio en obrar el bien, los Cristianos de los primeros siglos resistieron al combate de las persecuciones más terribles y feroces. Lejos de ser destruidos y desbaratados, como esperaban obtenerlo á fuerza de hierro, fuego y fieras los Principes paganos, los Cristianos crecieron cada vez más en número y valor. Lejos de desaparecer de la tierra, ellos mismos vieron por el contrario precipitar, en medio de la desolacion, á la nacion judaica, su primera enemiga; después vieron hacerse trizas, bajo los golpes de los bárbaros, el trono de los Césares crueles y sanguinarios, y por último fueron testigos de la ruina del gran coloso del imperio romano, que con sus procónsules y magistrados los habian perseguido encarnizadamente por espacio de 300 años. ¿Qué más? sin armas materiales, con solo estar unidos entre ellos, es decir, unidos con los Sacerdotes, Obispos, Papas y maestros, nuestros padres concluyeron por ganar una victoria tan grande y gloriosa

que les hizo dueños del campo y de las tiendas enemigas. Desde el cuarto siglo la capital del imperio romano vino á ser la capital de los Cristianos; y desde aquellos palacios, donde un dia se promulgaban los edictos de muerte contra ellos, salen hoy dia, para difundirse por toda la tierra, los oráculos del Papa, su Padre y Maestro, oráculos de rectitud y justicia, oráculos de verdad y vida. Si, estas son maravillas del Altísimo, pero maravillas obradas por El mediante la union de sus fieles siervos.

Demos un vuelo, y dejando á un lado los primeros siglos parémonos un instante en el nuestro, echando una rápida ojeada á los años presentes. ¿Quién no ve la guerra que en todas partes del viejo y nuevo mundo, en los reinos, en los imperios, en las mismas republicas, se hace hoy dia á la Iglesia de Jesucristo? ¿Cuándo se vió armarse contra Ella tantos enemigos y emplearse tantas armas para combatirla? Libros infames, cátedras de pestilencia, adulations, engaños, amenazas, confiscaciones, destierros, violencias, prisiones; todo, en fin, púsose en obra, de todo se abusó para daño de Ella. Esta guerra y prácticas secretas y artificiosas fueron en todas partes tan bien dipuestas, que varias veces sus enemigos creyeron podrian, dentro de poco tiempo, entonar el canto de la completa victoria; y algunos de los más altaneros ya andaban gritando que las puertas del infierno estaban para prevalecer contra la Iglesia católica y derribarla enteramente. Pero hé aquí que sus esperanzas se desvanecen; la voz de triunfo muere en sus labios, puesto que los más reflexivos de sus adversarios convéncense y confiesan hoy que la Iglesia católica, lejos de perder en esta guerra, jamás se demostró tan fuerte como hoy dia, ni jamás fué tan estimada y amada en el mundo. Ella es la victoriosa y lo será siempre. ¿Y de dónde proviene un efecto tan contrario á las humanas previsiones? ¿Cuál es la causa? La causa es la admirable concordia de sus Obispos entre si, y de todos los fieles con el Papa. Estos Jefes de Israel en Europa, Africa, Asia, Oceania, América y en las islas más remotas del mundo, están entre si unidos en el creer, enseñar y obrar lo mismo. Todos, y la historia contemporánea nos lo demuestra patentemente, todos, digo, á riesgo de los sacrificios más grandes, de multas y de perder la libertad como tambien la vida, no solamente admiten y predicán las mismas verdades de fe, sino que concordes profesan las mismas leyes, aprueban las mismas prácticas, condenan los mismos errores, combaten á los mismos enemigos. Además esta concordia de los primeros Pastores con el Papa produce la union de los Sacerdotes, y la de éstos aquella de los simples fieles, de suerte que por esta union permanece inmóvil é inconcuso el grande edificio de Jesucristo, subsiste su reino, extiende sus confines y se acrecienta cada dia más con nuevas tribus y pueblos.

Si, repitámoslo bien alto: es grande, pero muy grande la fuerza de la union.

Cooperadores y Cooperadoras, miembros como

somos de una misma familia, promovamos esta union entre nosotros, á fin de que nuestra Pia Sociedad pueda resistir fuertemente todas las pruebas, superar á todos los obstáculos y conseguir el fin que se ha propuesto, esto es, de hacerse útil á la sociedad favoreciendo las buenas costumbres. El vínculo de nuestra concordia sea el amor. Amémosnos como hermanas en Jesucristo, y á fin de obtenerlo más fácilmente, los Decuriones de cada pueblo cuiden de conocer sus propias decurias, y los cooperadores procuren tambien conocerse mutuamente. De este modo podrán ayudarse mejor en la práctica del bien y darse especiales pruebas de fraterna caridad. Amémosnos con rogar unos por otros, aconsejarnos, defendernos, enfervorizarnos en el servicio de Dios y procurar la salvacion de las almas. Ojalá se pudiese repetir de nosotros lo que decíase ya de los primeros fieles: *¡Ved cómo se aman!* No, no entren nunca en nuestras filas la envidia y los celos, dos disolventes de cualquier union, dos bajas pasiones que pusieron ya en cruz al Hijo de Dios y que frecuentemente aun hoy, bajo hipócrita capa, continúan crucificando y haciendo padecer á sus Discipulos. Si podemos hacer bien, hagámoslo de corazon; sinó, mostrémonos contentos de que se haga el bien á otros y ayudémosles á hacerlo, siquiera con las palabras, si no podemos de otro modo. Obrando así, haremos reinar entre nosotros la union y la paz; con ésta, nuestra Congregacion será cada vez más benéfica, porque Dios Ntro. Señor la fecundará con la lluvia de sus bendiciones y sostendrá con el brazo de su omnipotencia.

HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

(Continuacion).

CAPÍTULO IX.

Afliccion y lágrimas. — Un rayo de luz. — D. Pedro Merlo. — El galpon de Valdocco. — Contrato — Commocion y entusiasmo. — Accion de gracias. — Ultima despedida del prado.

En la devota peregrinacion á Ntra. Señora de *Campagna* habíamos colocado en las manos de María nuestra suerte; pero antes que terminase dicho dia, nuestras esperanzas y sobre todo nuestros corazones debían verse sometidos á una dura prueba.

Hacia las dos de la tarde, casi todos los niños del Oratorio se hallaban en el prado. Sabiendo que era la última vez que podíamos disfrutar de él, nos parecia experimentar un gusto particular en pisotearlo corriendo de arriba abajo. Estamos ciertos que aquella tarde hemos secado tantas raíces del pasto como para poner en peligro el lujoso patrimonio de los hermanos Defilippi.

A la hora designada hubo Catecismo, canto, sermon, todo como los Domingos anteriores. Después de esto volvimos á nuestras diversiones; pero un hecho extraordinario no tardó en llamar

nuestra atencion y en moderar en muchos de nosotros el deseo de divertirnos. Aquel que hasta entonces habia sido siempre el alma de nuestras recreaciones y que semejante á s. Felipe Neri se mostraba pequeño con los pequeños, cantando, jugando, corriendo con nosotros, nuestro querido Don Bosco estaba retirado, silencioso y melancólico. Era la primera vez que lo veíamos tan retirado. No veíamos en sus labios aquella dulce sonrisa que le era característica; su rostro denotaba algun profundo pesar; sus ojos estaban bañados en lágrimas. Caminaba y oraba. Algunos de nosotros notando tal estado, nos acercamos á él para acompañarlo; pero en vez, retiraos, nos dijo, dejadme solo.

¿Cuál era el motivo de su tristeza? El pobre D. Bosco en aquellos momentos estaba oprimido por el peso de un dolor que no es posible describir. Se hallaba como el agricultor que ve amenazados sus campos y sus más halagueñas esperanzas por el cielo cubierto de oscuras nubes, y por el granizo desolador; se hallaba como el pastor amoroso que se ve obligado á abandonar su querido rebaño, á dejar sus corderitos á la merced de lobos hambrientos; se hallaba como un padre, como una madre cariñosa que por fuerza debe separarse quizá para siempre de sus amados hijos. Revolvía en su imaginacion estos tristes pensamientos: — Mis ayudantes me han abandonado, dejándome completamente solo á cargo de estos cuatrocientos niños; no tengo ya más fuerzas; mi salud ya debilitada, y para colmo de todo esto, dentro de dos horas se vence el plazo concedido para reunirlos en este prado; es necesario hallar otro local en donde juntarlos; es preciso darles aviso para el próximo Domingo, y sin embargo no hay ni esperanzas de conseguir el local, á pesar de los empeños, y desde esta tarde se concluirá el Oratorio. ¡Han sido, pues, inútiles tantos trabajos y sudores! ¡Es ya una imperiosa necesidad el despedir á tantos niños que me aman, abandonarlos nuevamente, verlos de nuevo vagabundos por las calles y plazas, por los campos y prados; sumergidos en el vicio; transportados á prisiones, perdidos temporal y eternamente! no es por cierto esa la voluntad de Dios!... Ante estas reflexiones, fué tan intenso su dolor, que el pobre Don Bosco no pudiendo contenerse prorrumpió en suspiros y llantos.

Podría alguno preguntar: ¿y las esperanzas ante la seguridad que habia tenido sobre el feliz éxito de su Oratorio se desvanecieron en aquella ocasion?

Creemos nosotros que estando el Señor para conferir un favor extraordinario al Oratorio dándole una morada estable y segura, quiso que aquella tarde el fundador experimentase toda la amargura y peso del abandono, á fin de que fuese mas apreciado el beneficio; pues es regla general de la Providencia Divina preceder con grandes sacrificios los más señalados favores. Pero en aquel estado de opresion, Don Bosco no perdió su confianza, y de él se puede repetir lo que del gran Patriarca Abraham escribió san Pablo: *Contra spem in spem credit, ut fieret pater*

multarum gentium, secundum quod dictum est ei: Contra las previsiones de los hombres, él conservó la esperanza de ser padre de numerosa familia, conforme á lo que le habia sido prometido.

Algunos de nosotros, próximos á él, lo vimos levantar sus ojos al cielo bañados en lágrimas y le oímos exclamar: « Dios mío, ¿por qué no me manifestáis el local en que queréis que se reunan estos niños? Hacédmelo conocer, y decidme qué debo hacer. » Era esta la súplica del dolor, pero el mismo tiempo de la esperanza; y el bondadoso Dios, padre de los huérfanos, no tardó en acoger aquellas piadosas lágrimas y escuchar aquellos amorosos lamentos.

No bien Don Bosco habia concluido estas palabras y enjugado su llanto, cuando se acerca un tal D. Pancracio Soave tan balbuciente que para sacarle fácilmente de la boca las palabras habrían sido necesarias las tenazas de Nicodemus. Este buen hombre presentándose á Don Bosco, del mejor modo que pudo le preguntó: — ¿Es verdad que Vd. busca un local para un taller. — No para un taller, pero sí para un Oratorio. — No sé, añadió Don Pancracio, si es lo mismo un taller que un Oratorio; lo cierto es que hay un local: venga Vd. á verlo. Es propiedad del Sr. Don José Pinardi, persona muy honrada. Venga y hará un buen negocio.

Esta propuesta inesperada fué para D. Bosco como un rayo de luz en medio de densas nubes.

En aquel mismo momento llegaba un fiel amigo de Don Bosco, llamado D. Pedro Merlo, fundador de una institucion que tiene por fin remediar al abandonado en que se encuentran muchísimas doncellas pobres y mujeres desgraciadas, que, después de haber estado en las prisiones ó haberse entregado á la deshonestidad, son tan despreciadas por las personas honradas, que es casi imposible conseguir de ellas un pedazo de pan ó una ocupacion para proporcionárselo con su trabajo. Compañero de Colegio de nuestro D. Bosco, y conocedor de los grandes beneficios de su obra, aquel digno sacerdote, siempre que podía, acudia á ayudarlo, prestándose con toda voluntad á enseñarnos el catecismo, predicarnos, asistirnos y cosas semejantes. — ¿Qué tienes? preguntó él á su amigo, apenas vió su semblante; nunca te he visto tan melancólico. ¿Te ha sucedido alguna desgracia? — Desgracia no, pero me encuentro en un grande apuro. Hoy es el último dia que podemos reunirnos en este Prado; ya está declinando el dia; tengo que anunciar á mis hijos en qué sitio se reunirán el próximo domingo y no sé donde será. Este hombre me asegura que hay aquí cerca uno como me conviene y me invita á que lo visite; has llegado pues muy á tiempo. Asiste un poco al recreo de estos niños; voy á verlo y muy pronto estaré de vuelta. — He venido para prestarte mis servicios; vete tranquilamente, y haz con toda comodidad lo que necesites. — Don Bosco se retiró con Don Pancracio.

En el lugar indicado encontró una cloiza de un solo piso con una escalera y una baranda

carcomidas, rodeada de huertos, campos y prados. Don Bosco estaba por subir, pero Don Pinardi y Don Pancracio le advirtieron que el sitio que le ofrecían no era este, sino otro cercano y allí lo condujeron. Era este un largo galpon cuyo techo era tan inclinado que de un lado tenia poco más de un metro de altura. Don Bosco tuvo que usar no poca atencion para evitar cabezazos. El piso era el suelo, y cuando la lluvia era abundante, se podía navegar en bote. A lo más podía servir para depósito de leña. Además parecia que en aquellos dias los ratones y comadreja tenían sus citas allí. — Es demasiado baja; no me sirve dijo Don Bosco, después de haberlo observado. — Yo la arreglaré, añadió Don Pinardi; haré escavaciones, pondré escalones, haré otro piso, y todo lo que Vd. desee, porque tengo mucho gusto en que Vd. fije aquí su taller. — No es taller, mi querido amigo, sino Oratorio, esto es una pequeña Iglesia en donde reunir algunos niños. Tanto mejor, y con mucho mayor gusto haré todo. Yo tambien soy cantor, y vendré á ayudarle. Traeré dos sillas una para mí y la otra para mi esposa. Tengo además una lámpara en casa, la colocaré aquí.

Este buen hombre parecia fuera de si de alegría al tener una Iglesia en su casa, y el deseo que entonces tuvo de hacer contrato podría tal vez igualar al de D. Bosco.

Os doy gracias, dijo Don Bosco, por vuestra buena voluntad y por las propuestas que me hacéis. Si podeis bajar el piso á lo menos 50 centímetros, acepto la oferta; pero ¿cuánto queréis? — Trescientos francos; me ofrecen más; pero prefiero cedérselo á Vd. por ser con un fin religioso y para el bien público. — Os daré trescientos veinte, con tal que me cedáis tambien este pedazo de terreno para recreo de los niños y os comprometáis á arreglar todo para el próximo Domingo. — Perfectamente; está hecho el contrato; venga el Domingo; todo estará en orden.

Don Bosco completamente satisfecho y rebo-sando de gozo nos reunió en torno á sí, y en alta voz se puso á gritar: « Alegraos, mis hijos, alegraos; hemos encontrado el Oratorio; tendremos Iglesia, sacristia, piezas para clases, sitio donde correr y jugar. El Domingo, el Domingo ya iremos. Es en la casa de Don Pinardi; » y al decir esto nos indicó el lugar que por ser próximo se veia desde el Prado. Al oír esta noticia no pudimos estar quietos. Nos desbandamos inmediatamente y quien corria, quien saltaba, quien arrojaba al aire su sombrero, quien gritaba con cuanta fuerza podia, parecia el fin del mundo. La gente que allí se encontraba, llena de admiracion se acercaba á nosotros para informarse del motivo de tal alboroto. El Sr. Merlo se reía, y Don Bosco lloraba de consuelo. Fué un momento de conmocion, y entusiasmo indescribible, una escena digna de perpetuarse en la historia. Así, por la bondad de Dios, é intercesion de la Purísima Virgen María pasábamos como por encanto de una profunda tristeza á una extraordinaria alegría.

Después de aquel desahogo de gozo, D. Bosco nos impuso silencio, nos dirigió breves palabras sobre el feliz resultado de nuestra peregrinación, y nos invitó á arrodillarnos para rezar el Rosario en acción de gracias. Fué aquella la oración de gratitud hácia nuestra celestial Bienhechora y Madre, que el mismo día había escuchado nuestras súplicas.

Concluido el Rosario, dimos el último adiós al prado, que hasta entonces habíamos amado por necesidad, pero que abandonábamos sin pesar por la seguridad de que el nuevo sitio era mejor y más estable.

El sol ya se había ocultado detrás de los Alpes, cuando emprendimos la retirada á nuestras casas para referir los acontecimientos de aquel dichoso día.

En el próximo capítulo narraremos la inauguración del nuevo local, que nunca jamás debíamos abandonar.

(Se continuará)

UNA GRAN POTENCIA y la obligación de emplearla bien.

Si preguntásemos cuál sería la potencia más grande del mundo, quizá á todos responderían acertadamente. Respondamos, pues, nosotros y digamos que la potencia más grande de la tierra es el dinero. Testimonio de ello es, no solamente el consentimiento de todos los hombres, sino también Dios mismo que hizo escribir: *Pecuniae obediunt omnia: Todas las cosas obedecen al dinero*, como al soberano más poderoso (1).

Y no solamente es la más grande sino también en el humano consorcio, es la potencia más necesaria, de suerte que, entre los hombre, con el dinero se hace todo y, sin él, nada. ¿Quién podría vestirse, comer y, en una palabra, vivir, si no tuviese dinero ó una persona que le suministrase los medios para atender á sus necesidades? Y las obras humanitarias, los hospicios, hospitales y etc. ¿podrían quizá subsistir sin dinero y socorrer á tantas miserias que, cual lúgubre manto, cubren hoy día la tierra? — A esta necesidad quiso sujetarse el mismo divino Salvador. En efecto, el Evangelio nos dice que los discípulos tenían en su nombre dinero para atender á las necesidades comunes y dar limosna á los pobres: *Et suorum necessitatibus, aliisque indigentibus tribuens*, como explica el venerable Beda (2). Es, pues, evidente que la moneda es la más grande y necesaria potencia del mundo.

Pero esta potencia ¿cómo es y debe ser empleada por quien dispone de ella? — Hoy día, como siempre, hay quienes la conservan ociosa en cajas de hierro como si fuese una divinidad, un ídolo ó una joya intangible, consagrando á ella los pensamientos de la mente y los afectos

del corazón; estos son los avaros que no la disfrutan ni dejan disfrutarla. Otros la emplean en fiestas, diversiones mundanas, viajes inútiles, vestidos en extremo lujosos, espléndidos banquetes como hacen los despreocupados y derrochadores. Otros la emplean en fines más malos é inícuos como los adheridos á las sectas malélicas. Todos estos emplean mal la grande potencia de la moneda y darán estrecha cuenta un día al Señor del mal uso que hicieron de ella.

Nosotros, pues, en vista de todo esto, no podemos menos de notar que si los hijos del siglo porque viven sin fe y aspiraciones á una vida feliz más allá de la tumba, porque no tienen caridad con sus semejantes, emplean de mala manera sus riquezas, los hijos de la luz, que esperamos riquezas imperecederas en el Cielo y que albergamos en nuestro pecho un corazón palpitante de amor de Dios y del prójimo, debemos por el contrario emplearlo con buen fin y según los dictámenes del mismo Dios, que es el Dueño supremo.

Y en efecto; ¿qué es lo que nos dice este Soberano Dador é infalible Maestro? — Abramos la Sagrada Páginas, y, entre otros, encontraremos estos solemnes documentos: — Hijo mio, con lo que tienes haz bien y ofrece á Dios obla-ciones dignas. — Honra al Señor con tu hacienda y dale las primicias de todos tus frutos. — No defraudes la limosna del pobre: *Eleemosynam pauperis non defraudes*. Esta expresión: *non defraudare*, explica bastante una verdad no bien entendida por la generalidad de los hombres, es decir, que la limosna es un débito. *Frangere esurienti panem tuum*: Parte con el hambriento tu pan. Observad, reflexiona aquí S. Agustín, cómo Dios no dice: *da tu pan al hambriento*, sino *pártelo*; y esto para darnos á entender que aunque no tengamos más que un pan solo, sin embargo no debemos eximirnos de hacer caridad á los pobrecitos, sino romperlo por la mitad y dividirlo con ellos.

Los pasos citados son del Antiguo Testamento (1); pero no menos apremiantes son los de la nueva Ley del amor. — Haced limosna, dice Jesucristo, con lo que os sobra: *Quod superest date eleemosynam*. — Con vuestras riquezas procurad ganaros amigos, para que cuando fallecié-reis os reciban en las eternas moradas. — Necio, llama el Señor á un rico, que en vez de distribuir sus bienes á los pobres los tenía amontonados; necio, esta noche serás llamado á la eternidad y todo lo que tienes ¿de quién será? (2).

Alguno dirá quizá: Dar lo que uno tiene á los pobres no es un mandamiento, sino solamente un consejo, que no obliga bajo pena de pecado. — Es preciso distinguir: Es, sí, tan solo de consejo el despojarse de todo y darlo á los pobres por amor de Dios, como lo hacen los religiosos, pero es de precepto el hacer limosna según las propias fuerzas y particularmente cuando

(1) Eecl. x, 19.

(2) Lib. 4, cap. 54, in Luc. 12.

(1) Eecl. iv, 1. — xiv, 11. — Prov. ii, 9. — Is. lviii, 7.

(2) Luc. xi, 41. — xvi, 9. — xii, 20.

sucede alguna desgracia y el prójimo se halla en extrema necesidad de alma ó de cuerpo. ¿Qué es lo que dice sobre este particular el Apóstol del amor, el Discípulo predilecto? « Quien no tiene caridad con sus hermanos, no tiene á Dios, no tiene la vida consigo; ahora bien; quien posee bienes de este mundo y ve á sus hermanos en necesidad y no los socorre ¿tendrá caridad? Cierto que no. » — Santiago dice asimismo: « ¿Qué aprovechará, hermanos míos, á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe sola salvarlo? No, porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó de misericordia. » — Y que esto sea así, nos lo dice bien claro el Hijo de Dios hablando en el juicio final: « Apartaos de mí malditos al fuego eterno, porque en la persona de los pobrecitos yo tuve hambre y no me disteis de comer; tuve frío y no me abrigasteis, estuve sin casa y no me la proporcionásteis » (1).

¿A cuál razon creeremos nosotros se apoyaría el Divino Salvador cuando dijo: *Que más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos*, sino á la del desperdicio que hacen algunos del dinero? — ¿Y por qué motivo fué arrojado al infierno el rico Epulón? La Escritura no aduce otro más que los opiparos banquetes que hacia con frecuencia; y el haberse rehusado á socorrer á las necesidades del pobre Lázaro (2).

De estos hechos y de los referidos oráculos resulta bien claro y manifiesto que el emplear, al menos una parte de nuestros bienes temporales en la mayor gloria de Dios y auxilio de los pobres, no es ciertamente un consejo, sino un precepto, de cuya observancia depende la salvacion eterna.

Bienaventurados, pues, aquellos que habrán cumplido con este deber. Bienaventurados los misericordiosos, por que ellos, segun dice el Divino Salvador, alcanzarán misericordia, y el día del juicio final oirán estas dulces y suaves palabras: Venid, benditos de mi padre, venid á poseer el reino que os tengo preparado: *Venite, benedicti patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.*

UN HERMOSO EJEMPLO.

Ninguno ignora con cuánta devocion y frecuencia rogaba la santa y seráfica doctora Teresa de Jesús por las ánimas del Purgatorio. Ella misma refiere que el Señor la hizo conocer la mucha bondad con que acogia las oraciones que por dichas almas le rezaba todos los días.

Un día recibió nuestra Santa del Sr. D. Bernardino de Mendoza, una casa y un hermoso jardin, para fundar en Valladolid un monasterio en honor de la Sma. Virgen. Al hacer la entrega de las escrituras suplicó que procurase realizar cuanto antes aquella fundacion, porque tenia cierto presentimiento de una cosa que debía acaecerle

En efecto; de allí á poco tiempo sorprendióle la muerte y ni siquiera tuvo tiempo para recibir los santos sacramentos. Sumamente afligida al oír tal noticia, la santa se apresuró á rogar por el alma de su bienhechor. Nuestro Señor hizo entonces conocer que la caridad del difunto y la intervencion de su santa Madre habianle obtenido la gracia de una contrición perfecta, la cual le sirvió para librarse del infierno, pero que no saldría del Purgatorio hasta el día que se celebrase la primera misa de comunidad en el nuevo monasterio.

Esta revelacion no dejó un momento de sosiego á la santa hasta el día en que pudo ir personalmente á dicha ciudad para dar principio á la construccion del referido monasterio.

Sin embargo habiéndose detenido algo por sus muchas ocupaciones se le apareció el Señor otra vez y la dijo: « Date prisa porque esta ánima sufre mucho. » Entonces dió la santa inmediatamente sus órdenes, pero los trabajos no adelantaban como ella queria. Por cuyo motivo hizo levantar un oratorio provisional y apenas estuvo arreglado decentemente mandó celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Mientras comulgaba vió el alma del difunto que, radiante, se acercó á darle las gracias y de repente desapareció resplandeciente como el sol á la dulce morada de la gloria. Llena de indelible júbilo y regocijo, la santa dió humildemente gracias al Señor, cuya bondad es inefable para con sus elegidos.

NECROLOGIA.

Hé aquí los nombres de los Cooperadores y Cooperadoras que en el año pasado pasaron á mejor vida y de cuyo fallecimiento hemos tenido noticia.

Recomendamos sus almas en las oraciones de nuestros Hermanos, á quienes advertimos que muchos de nosotros seremos tambien llamados en el presente año, si bien ignoramos el momento y hora. Por cuyo motivo conviene hallarnos preparados y hacer pronto el mayor bien posible, á fin de que podamos responder al gran llamamiento con mucha confianza en la misericordia de Dios.

1. Alvarez, M. — Madrid.
2. Aragón (Diego M^a Santiago, Marqués de Ulloa) — Utrera.
3. Blanco, R. — Zamora.
4. Ciudad Francisco — Burgos.
5. Escolano Antonio — Barcelona.
6. Font, J. — Palma.
7. Forner, L. — Alicante.
8. Garcia Abad, Manuel — Lugo.
9. Labat Manuel — Utrera.
10. Landa Patricio — Burgos.
11. Lizourbe, P. — Soría.
12. Minto, J. — Palma.
13. Miquelarena Antonio — Sarriá.

(1) JOAN. V. 17. — JACOB II. — MATT. XXV.
(2) MATT. XIX. 24. — LUC. XVI.

Roma — LIBRERIA SALESIANA — Turin

Sarriá (Barcelona) - Ultera (Sevilla) - Nieheroy (Brasil) - Buenos-Aires - Montevideo - Concepcion - Quito

EDITIONES LITURGICAE

- BREVIARIUM ROMANUM** ex decreto SS. Concilii Tridentini restitutum, S. Pii V. Pontificis Maximi jussu editum, Clementis VIII. Urbani VIII. et Leonis XIII. auctoritate recognitum, cum adprobatione S. Rituum Congregationis; 1885, 4 vol. in-16°, caractere rubro et nigro. . . Peset. 22 00
- Encuadernados en tela inglesa y dorso flexible » 29 —
 - En piel, dorso flexible y corte encarnado. » 30 —
 - En piel, corte dorado » 37 —
 - En segri negro, corte dorado, dorso flexible » 42 —

Taurinensem hanc editionem Breviarii Romani in quatuor partes noviter editam, quam vobis exhibemus, vobisque commendamus, Rev.mi. Ecclesiam Christi Sacerdotes humaniter ac benigne vos excepturos confidimus. Locupletissima namque est et ut numeris omnibus esset absoluta totis viribus conati sumus.

In primis novam hanc editionem ad normam recentiorum decisionum redogimus, quas per suas Litteras Apostolicas diei XXVIII Julii anni 1882 S. D. N. Leo P. XIII ad universam Ecclesiam Breviarii Romano utentem direxit, et per S. R. Congregationem explicavit. Quod quanto oneri editori, sacerdotibus vero commodo atque utilitati sit, nemo est qui non videat.

Quapropter in hac nova editione officia vel recentius concessa, vel ad universam Ecclesiam extensa, aut in nonnullis immutata et correctis suis locis collocavimus; officia vero votiva per annum, ritu semiduplici, pro singulis hebdomada feriis ex indulto concessa adjecimus, una cum suis rubricis rubro caractere impressis. Haec peculiariter quoad editionis ordinem et perfectionem.

Si vero inspicatur Typographi sollicitudo et cura, tum pro nitore et perspicuitate impressionis, tum pro grammaticali et orthographica correctione verborum; si splendor impressionis coloribus nigro-rubris exornatae, si commoda in quatuor volumina divisio non ita grandia singula ut oneri sint, sed satis ampla et perspicua characteribus typicis ut visui omnium facilis sit lectio, haec editio certe prae omnibus erit accepta. Et certa nihil infectum reliquimus quominus perfectissima evaderet, quod apprime agnosceens Sacra Rituum Congregatio sua adprobatione communiavit.

Inspecta insuper pretii tenuitate, certe haec editio omnium commodissima erit. Qui illam igitur sibi comparare voluerit litteras mittat una cum pretio inferius adjecto. — In Italia: A la Libreria Salesiana, Calle Cottolengo 32 Turin

- BREVIARIUM ROMANUM** ex decreto etc. Totum, en 32°, dividido en veinte libritos cómodos para viaje, 1887 » 12 —
- Encuadernados en segri » 16 —

Cum ex Revisione peracta ab admodum Rev. P. Adriano Saraceno Presbytero Cong. Oratorii Nobis constet hanc editionem Breviarii Romani exactam esse ad Normam Decretorum S. Cong. Rituum, quae novissime edita sunt, eam vulgari permittimus. Taurini die 30 decembris 1886

✠ CAJETANUS Cardinalis Archiep.
Th. JOSEPH CORNO, Cancell. Arch.

La Libreria Salesiana de Turin se encarga de proveer, mediante el aumento necesario de gastos de importe, á los que adquiriendo dicho Breviario, tuviesen necesidad de los siguientes

Suplementos Locales

- Para España » 5 00
- Buenos-Aires y Montevideo » 1 50
- Chile » 1 50
- Quito » 2 50
- el Brasil y Portugal » 3 75
- el Ecuador » 2 50
- Inglaterra (Suplemento y Apéndice) » 3 75
- Trento » 0 75

- BREVIARIUM ROMANUM** (Totum) ex Decreto SS. Concilii Tridentini restitutum, S. Pii V. Pontificis Maximi jussu editum, Clementis VIII. et Urbani VIII. auctoritate recognitum, cum Officiis Sanctorum novissime a summis Pontificibus usque ad hanc diem concessis. Mediolani . . . » 8 —
- Encuadernado en piel » 10 —
 - — dorado » 14 —
 - — segri » 21 —

El precio indicado es para Italia. Para el extranjero aumenta proporcionadamente.

EDITIONES LITURGICAE

Missale Romanum ex decreto sacrosancti Concilii Tridentini restitutum, s. Pii V. Pontificis maximi jussu editum, Clementis VIII. et Urbani VIII. auctoritate recognitum, cum additamentis novissimis. — Editio I stereotypa Romana, tertio Taurini impressa, 1880; volumen in-4° impressione coloribus nigro rubris exornata Pes. 12 50

Pelle consutum	»	18 50
Pelle, foliis inauratis et custodia	»	20 —
Pelle sagri, foliis inauratis et custodia	»	25 —
Missae propriae dioecesis Taurinensis	»	2 —
» » Genuensis	»	2 —
» » Neapolitanae	»	3 50
» » Siciliae	»	2 —
» » Ordinis Francisc.	»	5 —
» » Carmelit.	»	4 50

Missale Romanum ex decreto ss. Concilii Tridentini restitutum, s. Pii V. Pontificis maximi jussu editum, Clementis VIII. et Urbani VIII. auctoritate recognitum cum Missis Sanctorum novissime per Summos Pontifices usque ad hanc diem concessis, cum textu et cantu a Sacrorum Rituum Congregatione approbato. — Volumen in-4° gr. impressione coloribus nigro-rubris exornata » 20 —

Pelle consutum	»	25 —
Pelle, foliis inauratis et custodia	»	28 —
Pelle, impressione aurea, foliis inauratis et custodia	»	30 —
Pelle sagri, impressione aurea, foliis inauratis et custodia	»	36 —
Missae propriae dioecesium Hispaniae	»	3 —
» » Dioecesis Albae Pompeiae	»	3 —
» » » Albigauni	»	1 50
» » » Alexandriae	»	3 —
» » » Aquarum Stiat.	»	1 50
» » » Aquilae	»	2 30
» » » Astae	»	2 —
» » » Augustae Taurinorum	»	2 90
» » » Agrigenti	»	2 40
» » » Bugellae	»	2 80
» » » Casalensis	»	1 75
» » » Cunei	»	3 —
» » » Eporediae	»	2 40
» » » Dertonae	»	3 —
» » » Fossani	»	1 50
» » » Genuae	»	2 50
» » » Narniae	»	1 50
» » » Neapolis	»	2 —
» » » Noti	»	3 —
» » » Novariae	»	3 —
» » » Nuceriae	»	1 —
» » » Nusci	»	3 50
» » » Nevocomi	»	1 60
» » » Panormi	»	2 —
» » » Petelliae	»	2 20
» » » Pinarolii	»	3 —
» » » Praenestis	»	3 50
» » » Recineti	»	1 —
» » » Savonae	»	2 —
» » » Vercellarum	»	2 50
» » » Vicorduni	»	1 25
» » » Sardiniae	»	1 30